

Repensando el lumpen: Una mirada desde la etnografía urbana, la economía y la filosofía política

Anayra O. Santory Jorge*
Universidad de Puerto Rico

Resumen

El antiguo lumpenproletariado ha sido abordado en nuestro joven siglo por la etnografía urbana en la que destacan los trabajos de Philippe Bourgois y de Loïc Wacquant. El lumpen ha hecho también una aparición fugaz, pero importante en la filosofía política de Ernesto Laclau. Mientras los textos de los antropólogos revelan aspectos ignorados de este sector, por ejemplo, sus motivaciones morales; Laclau nos invita a reconsiderar el lumpenproletariado como arquetipo de lo que él denomina heterogeneidad social. Así, nos propone reconsiderar su lugar social actual en términos políticos y ya no en términos de su función para el capital. Este trabajo hace un rápido recorrido por estos autores, utilizando como ejemplo las comunidades marginadas puertorriqueñas, para esbozar una mirada nueva y necesaria al lumpenproletariado.

Palabras claves:

lumpenproletariado, P. Bourgois, L. Wacquant, E. Laclau, heterogeneidad

Abstract

In our young century, urban ethnographers have studied those marginalized for economic and social and previously characterized by the marxist tradition as the lumpenproletariat. The remarkable works of P. Bourgois and L. Wacquant have revealed ignored aspects of these groups, for example, their moral motivations. Meanwhile, the political philosophy of Ernesto Laclau has invited us to reconsider the lumpen as archetypical of what he denominates social heterogeneity. We are thus prompted to reconsider the lumpenproletariat social place in political and not in economic terms. This paper offers a quick glance into the contributions made by these authors in the context of Puerto Rican marginalized communities in order to reconstruct a new and necessary view of those identified as lumpen.

Keywords:

lumpenproletariat - P. Bourgois - L. Wacquant - E. Laclau - heterogeneity

Escena uno

* PhD en Filosofía (Indiana University, Bloomington, 1994) Su experiencia se inició en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" en El Salvador, durante los primeros años de la posguerra en ese país. Fue becaria Fulbright a nivel posdoctoral. Al regresar a Puerto Rico se integró al Departamento de Humanidades de la UPR donde actualmente dirige el Departamento de Filosofía y el programa de Graduados de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

Repensando el lumpen

Al joven conductor de la Lexus le dio tiempo para dictar por teléfono el número de la tablilla del auto que se le había cruzado en el camino obligándolo a detenerse. Lo que seguramente no tuvo tiempo para entender –porque hace falta mucho más que tiempo– fue la razón que podría haber tenido el joven que se bajó del auto que lo perseguía para dispararle a la cabeza sin intentar llevarse el carro que conducía. Según la primera explicación que dio Amador Huggins, hallado culpable por el asesinato de Stefano Steenbakkers el pasado 7 de junio y a quien su mamá entregó a la comisaría cuando le notificaron que su auto había estado involucrado en la escena del crimen, se trató de una cuestión de *respeto*. Cuando le apuntaron a Stefano, el valor utilitario del coche perseguido, el objeto del deseo que había convertido a su chofer en víctima, había pasado a un segundo plano. Amador olvidó la pelea que narró haber tenido con su esposa por no tener transporte. Su acompañante, Morales López, olvidó los \$1,500 dólares que pensaban obtener de la venta de la Lexus. Ninguno se llevó nada, solo las consecuencias de hacerse respetar ante quien no había obedecido sus múltiples señales de alto. A Stefano lo encontró su mamá junto al teléfono por el que hablaron por última vez.

Escena dos

El asesinato de Stefano ocurrió durante verano del 2012, un par de meses antes de la visita más reciente del antropólogo Philippe Bourgois al Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, lugar donde trabajo. Bourgois, autor de *En busca de respeto: la venta de crack en Harlem* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 2010), ha dedicado parte de su vida a descifrar las circunstancias, dinámicas y motivaciones de los puertorriqueños que se dedican al tráfico de drogas a pequeña escala en East Harlem, Nueva York y en el norte de la ciudad de Filadelfia. Tuve la oportunidad de contarle esta historia y plantearle mi perplejidad ante ese fugaz encuentro con una demanda moral enmarcada en un código tan ajeno, no solo para mí, sino seguramente para Stefano y para la mayor parte de los que incrédulos espectadores a los que la prensa volvió testigos. *¿Respeto? ¿De qué respeto hablaban?* La historia que le conté, lejos de extrañar a Bourgois, le pareció conocida. Razones como las de Amador constituían uno de los hallazgos más reveladores de sus años de investigación en Nueva York y Filadelfia. "Uno de los mensajes que los protagonistas [del] libro [le] comunicaron con nitidez", me comentó, "es que las razones económicas no son las únicas que impulsan su participación en actividades criminales" (321). De ahí el título de su libro. Los jóvenes tiradores del Barrio lo que buscan, me aseguró Bourgois, es, entre otras cosas, *respeto*.

Escena tres

En el 2012 el Departamento de Justicia de los EEUU optó por demandar a la Policía de Puerto Rico tras la acumulación no sólo de quejas sino de evidencia contundente acerca de un patrón de uso excesivo de la fuerza contra ciudadanos indefensos y manifestantes civiles. Para muchos, sin embargo, no hubo demanda más elocuente que la que lanzó ese año una señora al borde de las lágrimas en la tradicional celebración del Día de Reyes organizada por Fortaleza. Los que llevaban horas en la fila esperando en presencia de la policía (que habíase tornado ubicua) comenzaron a impacientarse ante el rumor de que entre los regalos había computadoras portátiles que los organizadores separaban como obsequio para los funcionarios presentes. Ante la amenaza de motín y la escalada en la reacción policial una señora suplicaba ante las cámaras de televisión: "Por favor, no nos traten como animales."

Exigir respeto

En estos tres escenarios tan disímiles encontramos una demanda en común: la del respeto. En una, la exigencia de respeto es quizás parte de un torpe intento de explicar la serie de eventos que llevaron a alguien al asesinato. En otra, tenemos el emplazamiento judicial del Departamento de Justicia de los Estados Unidos a la Policía de Puerto Rico por faltas de respeto consuetudinarias a los derechos humanos de los ciudadanos. Por último, la apelación de una mujer anónima por la experiencia colectiva de maltrato a manos de los representantes del Estado y en un escenario que debió ser una fiesta infantil. De estas demandas, sólo dos nos resultan reconocibles y han sido atendidas en algún grado. La Policía de Puerto Rico debe estar siendo supervisada por un oficial de cumplimiento encargado de velar por la efectiva implementación de las medidas correctivas de los comportamientos ya condenados. La fiesta del Día de Reyes se ha transformado en un pasadía familiar de escala regional, en vez de nacional, con regalos más modestos para todos los participantes. Sin embargo, la fugaz demanda de respeto de Amador Higgins permanece en ese terreno que el filósofo argentino Ernesto Laclau denomina lo heterogéneo, refiriéndose a todo lo que queda excluido del espacio de representación social (2006, 176). Lo heterogéneo, como su nombre indica, incluye las demandas, los deseos, los anhelos, los proyectos que no pueden ser reconocidos por las lógicas sociales imperantes. Esto es, no pueden ser homologados ni traducidos en los términos de otros que gozan de legitimidad y reconocimiento. Lo heterogéneo constituye una especie de reserva de lo social desde la que se propicia el cambio. De lo heterogéneo surgen elementos que pugnan por inscripción como demandas legítimas en el imaginario social. Por lo tanto, lo heterogéneo constituye una especie de frontera de lo social, un 'afuera' de cuya existencia estamos conscientes aunque desconozcamos su contenido y este espere por una elaboración cultural y política que le permita ser aprehendido. Se

Repensando el lumpen

trata de un excedente de significados que una sociedad aún no incorpora como propios, pero cuya existencia tampoco puede negar. Lo heterogéneo es afín a lo innombrable o a lo real si se traduce en términos lacanianos.

La demanda de Amador es parte de esa heterogeneidad. Sabemos y no sabemos qué respeto exige, pero nos concentramos en condenar la forma de la demanda sin descifrar su contenido. La devolvemos al lugar incomprensible del que salió. Nos puede parecer que quien participa del asesinato de un inocente cancela la interpelación que pueda hacernos. Sin embargo, desde una perspectiva política, por no hablar de humanitaria, salubrista incluso, haríamos bien en escuchar estos ecos que no entendemos. Lo que este trabajo propone es una hoja de ruta para interpretar y hacerle espacio a esas demandas soslayadas. En este camino ya hemos hecho avances importantísimos. Quiero proponerles considerar cómo los hallazgos de investigadores como Phillipe Bourgois en El Barrio en Nueva York y más recientemente en el norte de Filadelfia o los de Loïc Wacquant en South Central Chicago y Quatre mille en La Courneuve, al norte de París, nos pueden servir para animar nuestras propias investigaciones sobre lo heterogéneo de tal modo que podamos comenzar a pensar cómo ensanchar el espectro de las demandas articulables en un universo socio-político invariablemente muy estrecho. La hipótesis de trabajo que anima estas invitaciones es que entre más rico y abarcador sea el espacio social de inscripción de demandas, menos creará alguien que tiene que matar o arriesgarse a morir para satisfacerlas. Veamos entonces qué podemos aprender de otras latitudes que también, un poco, resultan nuestras.

Otros contextos

Bourgois se mudó a El Barrio en East Harlem, Nueva York, durante la década de los noventa mientras realizaba su investigación doctoral en antropología para la Universidad de Stanford. Para entonces, se había ya consolidado un proceso de transformación económica en muchas de las zonas metropolitanas de Estados Unidos caracterizado, entre otros elementos, por un proceso de rápida desindustrialización. A medida que el capital movía hacia el sur o el este global sus conglomerados industriales sumió casi inmediatamente en la pobreza o al menos condenó a una vida de precariedad laboral a buena parte de las familias de quienes perdieron estos empleos. Para casi todos, este proceso arrestó su capacidad de movilidad social. Según Bourgois, solo en la Ciudad de Nueva York el proceso de desindustrialización implicó la pérdida de unos 800,000 empleos. Aunque los empleos en el sector de los servicios –en particular, en las finanzas, los seguros y los bienes raíces– se duplicaron, muchos de los que habían estado empleados o hubiesen sido empleables por el sector industrial descubrieron muy pronto que carecían de las destrezas necesarias para conseguir o mantener un empleo en el nuevo y pujante sector (Bourgois, 134-5). Como los barrios antiguos, los empleos

en Nueva York se *gentrificaron*, mientras se arrasaban las oportunidades de insertarse en el mercado laboral de los que habían sido expulsados en la entonces 'vieja' economía industrial. Así lo describe Mikel Davis, Profesor de Historia y Teoría Urbana en la Universidad de California, Irvine y contribuidor habitual de la conocida y prestigiosa revista *New Left Review* en su ensayo "La tragedia puertorriqueña":

Los boricuas estaban, por así decirlo, esperando en la vía del tren cuando la reestructuración industrial apareció por la esquina a ciento sesenta kilómetros por hora. "Las nueve ciudades en el área continental de Estados Unidos donde vivían la mayoría de los puertorriqueños en 1980 sufrieron la pérdida de un 44% del empleo del sector industrial entre 1963 y 1982, es decir casi un millón de trabajos" (Canabal, 1997: 2, 192) (124).

Los jóvenes puertorriqueños con los que Bourgois convivió intermitentemente durante varios años eran los hijos y los sobrinos de las generaciones de puertorriqueños que migraron a zonas metropolitanas en EEUU en busca de los empleos que nunca han abundado en la isla. Son los supervivientes de esa sugerida colisión en las vías del tren del progreso a la que alude Davis, imagen a la que volveremos más adelante.

Dice Bourgois:

Un escenario común surgió de las decenas de relatos que grabé: con el permiso de su madre, cada uno de estos jóvenes abandonó la escuela secundaria o incluso la escuela media para solicitar trabajo en fábricas locales. En un plazo de unos años a partir de su contratación, las plantas en las que trabajaban fueron clausuradas, a medida que los empresarios comenzaban a marcharse en busca de mano de obra más barata. Entonces empezaron a migrar de un trabajo mal pagado a otro, carentes del educación y las aptitudes que le habían permitido escapar del enclave industrial que atrapó por completo a su círculo de amigos y parientes (153).

Cuando estos jóvenes desertores escolares trataron de encontrar empleo en el sector de los servicios descubrieron que carecían de requisitos implícitos que no suelen publicarse en una convocatoria de empleo: no habían sido socializados de acuerdo a las pautas de conducta que son comunes a la clase media blanca metropolitana en los Estados Unidos. Para Bourgois,

[el] choque cultural que ocurre en el sector de los servicios entre el poder "*yuppie*" y la "babilla" de quienes se crían en la *inner city* es mucho más que un encuentro superficial de estilos disímiles. Un obrero incapaz de obedecer los protocolos de comportamiento de la cultura de oficina jamás conseguirá triunfar en este sector económico. Los desertores escolares rápidamente se percatan de ello y se dan cuenta de que en los ojos de sus superiores parecen bufones ineptos (158).

Al momento de tratar de encontrar otras alternativas de empleo por la vía de la micro-empresa legal, añade Bourgois, su cultura de origen los coloca en desventaja. Refiriéndose a Primo, uno de los jóvenes entrevistados, Bourgois concluye que

Repensando el lumpen

Parte de su incapacidad para administrar un negocio legal y lucrativo surgía de sus propias definiciones jibaradas del decoro y de la obligación recíproca hacia amigos y parientes. Por ejemplo, cuando mi madre le pidió que revisara un equipo de sonido descompuesto, Primo misteriosamente faltó a varias citas en su apartamento. Yo le insistí que fuera y por fin una noche me acompañó a su casa. Semanas después me admitió que le había parecido inapropiado visitar sin compañía el hogar de una mujer desconocida. A lo último, reparó el equipo y lo dejó en perfectas condiciones, pero no sabía cuánto cobrar porque la cliente era mi madre, quien además nos preparó la cena mientras el arreglaba el aparato (152).

Vez tras vez, Bourgois constata los intentos infructuosos que hacen Primo, César y su jefe, Ray, para conseguir empleo o establecer un negocio en la economía legal. A pesar de las habilidades empresariales y gerenciales que demuestran en la administración del expendio de drogas en su vecindario, ninguna parece serle útil en la economía formal o resultan insuficientes para sortear el complicado algoritmo burocrático que implica obtener algo tan básico como los permisos de operación de cualquier negocio. Tampoco logran vencer el prejuicio de los posibles patronos y sus clientes. En el lugar donde habitan tiene tantas connotaciones negativas para sus potenciales clientes o empleadores que Wacquant lo considera una forma de estigmatización territorial tan potente (o más) que otras estigmatizaciones sociales (204-5). Bourgois llegó a la conclusión que jóvenes como Primo y César, con el capital económico, social y cultural con el que cuentan, tienen ante sí la siguiente decisión existencial. No se trata, como muchos pueden pensar, de escoger entre el sueño americano por la vía legal o la ilegal, si no de saberse excluidos y escoger el modo de paliar la exclusión que dan por sentado.

Bourgois llega a la conclusión que para sus entrevistados la pobreza es indefectible y que lo que escogen tras cada fallido intento de ganarse la vida de otro modo es la actividad económica que permanece siempre disponible, la única -- además-- que ante sus ojos les permite obtener un sucedáneo de ese otro bien que en sus comunidades de referencia se vinculaba al empleo estable y bien remunerado: el respeto. Para los entrevistados por Wacquant, la actividad criminal es la respuesta obstinada de quienes se niegan a aceptar "ser nada." Comparto un trozo de la conversación de Wacquant con uno de sus entrevistados, Ike, joven de 27 años, vecino de North Lawndale, Chicago. Conversan sobre las razones que tienen jóvenes como él para dedicarse a las riesgosas actividades delictivas. Dice Ike a Wacquant hablando sobre sus conocidos:

"¡Pero, compañero, éste no es el camino a seguir!" Y te responden [...]: "¿Qué quieres que haga, dejar la boca abierta y que no sea nada?" Le digo: "Pero ya no eres nada de todos modos porque sólo puedes tomar dos caminos: seis pies bajo tierra o la cárcel".

[Pregunta] LW: ¿Lo saben ellos, lo aceptan?

Ike: Sí, si lo saben. Pero dicen que jamás aceptarán que no tienen nada en la vida.

Para las comunidades de donde provienen los jóvenes entrevistados por Bourgois y Wacquant, negarse a ser *nada* es aferrarse, entre otras cosas, a obtener un poco de respeto. Según lo describe Bourgois, tener respeto es gozar de una especie de reconocimiento tácito al menos entre los pares. A diferencia de las generaciones previas, para estos jóvenes el respeto no está disponible sólo por ser alguien que ocupa un escalafón en las relativamente estrictas jerarquizaciones comunitarias de edad, género, parentesco u ocupación. "Cuando una iba caminando y se cruzaba con alguien mayor había que pedirle bendición. Eso era respeto", dice la mamá de uno de los entrevistados (295). Las comunidades puertorriqueñas en las nuevas metrópolis, fueran estas Nueva York o San Juan, tuvieron que adaptarse a otras formas de obtener respeto al perder (¿para siempre?) los anclajes materiales, las pequeñas jerarquías y las escalas de convivencia que organizaban en sus comunidades la distribución de este bien moral. Tenían, según Bourgois, formas culturales residuales a las que recurrir, por ejemplo, la emblemática figura del jíbaro, campesino puertorriqueño de subsistencia, ajeno al Estado del que desconfía, y socializado para resolver cuestiones de honor a machetazos. Primo y César son para Bourgois una reinterpretación de los jíbaros que no llegaron a conocer. Dice Bourgois:

En el contexto específico de la diáspora puertorriqueña, la resistencia al dominio de la sociedad convencional y el orgullo por la identidad callejera suponen una reinención de la figura del jíbaro, que desafiaba y rechazaba el desdén de la alta sociedad en las épocas coloniales española y estadounidense. La reconstrucción del jíbaro en una versión hiperurbana al estilo del *hip hop* representa el triunfo de una nueva forma de afirmación cultural puertorriqueña entre los miembros marginados de la diáspora. Lo trágico es que la base material de esta búsqueda afanosa del respeto cultural se restrinja a la economía callejera (324).

En un pasaje que pudo haber sido escrito por el psiquiatra y teórico del colonialismo Franz Fanon, Bourgois añade que:

[quien aspire a subir de rango en la economía clandestina suele hallar necesario acudir sistemática y eficazmente a la violencia contra los colegas, los vecinos e incluso contra sí mismo para evitar los timos que podrían tramar los socios, los clientes y los asaltantes profesionales. Comportamientos que para un extraño parecerían irracionales, "salvajes" y a la larga autodestructivos se interpretan como una estrategia de relaciones públicas y una inversión a largo plazo en el "desarrollo del capital humano" en la lógica de la economía clandestina (53).

En los reductos en los que viven los entrevistados por Bourgois y Wacquant para no tener que matar hay que demostrar públicamente que uno está dispuesto a hacerlo, sabiendo que la misma disposición en el otro puede acabar con la propia vida. Mientras le llega a cada cual su turno, quizás nadie salude, reconociendo al otro en la calle, pero Primo y César pueden paliar su miedo y su carencia recordándole a sus pares porque deben 'respetarlos'.

Repensando el lumpen

Todos somos lumpen

Hace ya varias décadas que Puerto Rico comenzó a parecerse más a los enclaves metropolitanos estadounidenses a donde llegaron las primeras oleadas de inmigrantes puertorriqueños que al lugar preservado en la memoria de esa diáspora. San Juan se comenzó a asemejar al Barrio y no al revés, como hubieran querido los emigrantes a los que hace referencia la famosa canción *En mi viejo San Juan*. Entre los años cincuenta y noventa del pasado siglo, el país fue testigo del montaje y desmontaje de las atuneras en el oeste, de las refinerías de petróleo en el sur, de las filiales de las compañías farmacéuticas trasnacionales en el norte, del boom y la decadencia de muchos centros comerciales en toda la isla. A través de ese proceso, Puerto Rico no solo ha construido y destruido su paisaje, sino también su fuerza laboral. Del mismo modo que las oleadas de inversión extranjera cambiaron los lugares, obliterando a veces la diferencia entre lo rural y lo urbano, también movieron las ya de por sí sinuosas fronteras entre los trabajadores empleados y lo que Marx denominaba la reserva de trabajadores. Quien perdió su empleo en las atuneras no lo reencontró en la diezmada industria farmacéutica. Quien trabajó en las petroquímicas no se reempló como masajista en un *spa*. Quien trabajó en una de las farmacéuticas que cerraron tras la pérdida de la patente del medicamento que preparaban, no se reinventó como vendedor en un centro comercial. En las palabras del geógrafo David Harvey, en Puerto Rico el capital trasnacional convirtió primero "a la población en proletariado, para despedirla luego como fuerza de trabajo superflua" (129).

Dice Wacquant que a diferencia de la marginalidad en los tiempos de Marx y Engels, la nueva marginalidad no resulta útil para el capital legal. Se ha vuelto puro excedente humano o en palabras de Laclau, pura heterogeneidad. Recordemos que para Marx lo marginal era lo que aún no se había logrado incorporar a la actividad económica capitalista, formas residuales de producción o distribución que terminarían siendo absorbidas por el mercado. La marginalidad albergaba igualmente a aquellas formas de producción e intercambio expelidas del mercado por no resultar rentable. Lo primero, resultaría eventualmente incorporado; a lo segundo no se le podía extraer ningún beneficio. Sin embargo, para Marx, cuando se trataba de los trabajadores, el capital lograba aumentar su rentabilidad aun de quienes se encontrasen en márgenes aparentemente inservibles. Marx argumentaba que para mantener los salarios bajos el capital necesita contar con reservas suficientes de trabajadores que limitaran al máximo las posibilidades de negociación de aquellos empleados. Marx siempre estipuló que esta reserva de trabajadores no era homogénea. En efecto, es tan heterogénea como la mano de obra empleada que incluye desde los trabajadores a destajo hasta los que ocupan altos puestos gerenciales y se les compensa con acciones. Para Marx, lo que determinaba el lugar al que se podía aspirar en la reserva de trabajadores era el

nivel de socialización y disponibilidad para los ritmos particulares y las condiciones laborales muy contextualizadas del trabajo asalariado. A los trabajadores ya socializados para el trabajo asalariado, pero desempleados, Marx los denominó la reserva flotante. A un segundo grupo no sociabilizado aunque en principio disponible para serlo, Marx lo denominó la reserva laboral latente. En este grupo han estado --según el momento histórico y el lugar-- las mujeres, los niños, los pequeños propietarios y los profesionales auto-empleables. Por último, Marx habla de una reserva laboral estancada. Esta agrupa a todos los que carecen de las destrezas físicas o mentales y la disciplina necesarias para el trabajo asalariado que pueda estar disponible en su entorno. Marx, quien se refería a la población flotante y latente como *el ejército industrial de reserva*, denominaba a la reserva *estancada* como el "hospital del ejército laboral activo."

Detengámonos un momento en estas imágenes que Marx selecciona y que encuentran ecos en la metáfora de Davis. Amplios sectores de la comunidad puertorriqueña, aquí y en las zonas metropolitanas de los EEUU, se han quedado esperando en las vías de un tren sin saber si volverá el ferrocarril, si se detendrá en la estación o si se descarrilará contra ellos. Los trabajadores empleados son quienes van en el tren, un ejército en funciones. La mano de obra flotante y latente son aquellos los que esperan en la estación, la reserva de este ejército que espera su turno. Los trabajadores que forman parte de la fuerza laboral estancada son los que convalecen en un hospital militar. A estos, dirá Davis, los arrolló el tren de la economía. Este sector de la reserva de trabajadores es el que Marx identifica en particular como lumpenproletariado. Debemos también recordar que cuando Marx propone la metáfora del ejército y de un hospital para referirse a los trabajadores empleados y al lumpen, respectivamente, está pensando en los hospitales que conoce, con tasas más altas de mortalidad que las que existen actualmente. Por consiguiente, quien se encuentra en el hospital del ejército de los trabajadores, es alguien cuya vida es incierta y muy precaria, agredido o desplazado de los campos de batalla de la economía capitalista. La población estancada, como Primo, César, Ray o los amigos de Ike, oscilan entre buscarse la vida lejos del andén y esperar por un tren que nunca repara en ellos. Desde su lugar como puro excedente inútil para la producción capitalista, cualquier estrategia de supervivencia parece válida, incluyendo la degradación y la actividad criminal. Junto a la sucesión de empleos varios, estas estrategias incluyen mantenerse vinculado a alguna fuente de apoyo material, bien fuera el Estado o la también precaria red de apoyo familiar. Esta dependencia, sin embargo, se percibe como un sobregiro constante contra la cuenta del respeto personal.

Según Loïc Wacquant, la creciente automatización, la competitividad global de los mercados laborales y la manera como los Estados han sucumbido a las presiones para flexibilizar las condiciones de empleo ha hecho que el grado de precariedad e incertidumbre que Marx antes identificaba como el patrimonio del

Repensando el lumpen

lumpen ahora lo compartamos (casi) todos. La mayor parte de los trabajadores conforman lo que él denomina el precariado. No tan solo nadie que dependa de un salario tiene un billete de tren asegurado sino que la organización de casi todos los aspectos de la vida a través del mercado vuelve cualquier evento en un imponderable. Enfermarse sin plan médico puede costar la vida. Estudiar sin algún tipo de beca y sin el apoyo familiar resulta casi impensable. Para estar en posición de competir para la becas, la familia o algún benefactor ha debido invertir previamente en uno una cantidad considerable de tiempo o dinero, bien fuera para sustituir o para suplementar la educación gratuita disponible a las mayorías. Conseguir un trabajo con plan médico es una hazaña. Llegar al empleo sin un auto, una épica cotidiana. Alimentar a la familia con cinco raciones diarias de frutas o vegetales, una exigencia nutricional prácticamente incosteable. Todos los elementos básicos de la vida se han tornado precarios para casi todos en la medida en que toda necesidad requiere de dinero para ser satisfecha. Quien no tiene dinero, no puede más que contar con la solidaridad. Quien no encuentra solidaridad, habrá de tener mucho ingenio y mucha paciencia. Quien agota el ingenio o la paciencia, no tiene otro camino que la autodestrucción o la fuerza. En cualquier caso, se trata de optar por la violencia ante la violencia inicial de la marginalidad impuesta.

Retomando la observación de Wacquant sobre cómo difiere la marginalidad contemporánea de sus primeras caracterizaciones en los albores del capitalismo, podemos añadir que cuando la precariedad se extiende al punto que (casi) todos se sienten precarios esta deja de ser efectiva como estrategia del capital para aumentar su rentabilidad. Marx estaba muy consciente de que la tentación del capital de mantener los salarios apenas por encima de la línea de supervivencia provocaba una crisis de sobreproducción. Si todos somos pobres, entonces nadie puede comprar, lo ya producido se devalúa y el capital pierde dinero. Sin embargo, cuando la marginalidad se vuelve permanente y se traga generaciones enteras, no sólo se deprime la demanda local sino que se devalúa toda la inversión hecha en los territorios donde esta se asienta. Saskia Sassen ha señalado que estos lugares que alguna vez fueron vecindarios se vuelven territorios arrasados en las que no se sabe si volverá la inversión pública o privada. Wacquant hace una distinción similar entre los barrios, lugares capaces de anclar material y simbólicamente una vida humana y los territorios estigmatizados por la marginalidad y la huida de la inversión pública y privada. En estos cascarones que alguna vez albergaron una forma de vida particular, una forma de capital, el industrial que mudo los trabajos, arruinó otra forma de capital: aquel ligado al modo de vida del barrio. Cuando se extirpan los empleos se va necrotizando el tejido social al que le daban vida. La ciudad empieza a exhibir sus cicatrices a la par que los adictos sus llagas.

Hay una última manera en la que el lumpen deja de ocupar una función rentabilizadora en las economías globalizadas. La marginalidad persistente no

cumple la función de deprimir todos los salarios locales. Esa función la satisfacen los trabajadores ubicados en otras regiones competidoras por cada renglón de actividad económica. Por ejemplo, los bolsillos de marginalidad persistente en Puerto Rico no deprimen los salarios que quedan en las farmacéuticas. Este efecto lo tienen sus contrapartes en Irlanda o Singapur o en otros países que aspiran a este tipo de inversión extranjera. La globalización desplaza al lumpen local de esta función que antes ocupaba como reserva flotante o latente del llamado ejército industrial de reserva. La nada de la que trataban de escapar los amigos de Ike es hoy más nada que antes.

De vuelta a la heterogeneidad social

Sin embargo, Laclau cree que en esa nada que es la marginalidad contemporánea se encuentra un germen que puede dinamizar los procesos de cambio político en todas partes. Si bien es cierto que la precariedad generalizada y sus efectos a largo plazo contribuyen a aumentar la marginalidad, la polarización y la contracción de la base de la economía formal, aumentan también, sin quererlo, la heterogeneidad social. Como expresáramos al principio, la precariedad aumenta las demandas, los deseos, los anhelos, los proyectos que no pueden ser inscritos dentro de la esfera totalizante del mercado. Queremos que la vida no nos cueste tanto. Literalmente. Ante ese anhelo, el capital responde unívocamente: si no tienes, no anheles. Pero, como todos sabemos, este undécimo mandamiento es incumplible. Todos seguimos teniendo anhelos, aunque no encuentren expresión dentro de los códigos hegemónicos del mercado. Parecería que una posible ruta a seguir es la de crear las condiciones de expresión pública para esos anhelos, de asegurarles el acceso a modos de representar, narrar o explicar las frustraciones múltiples, develar para más gente las historias detrás de las cicatrices que traemos unos y otros. Como expresa el crítico peruano Victor Vilch esto es una propuesta política y académica que recurre a la cultura como el espacio en el que se “produce deseos, leyes y prácticas desde los cuales se generan las estructuras del sentir y del pensar en las subjetividades que las habitan” (130). Lejos de pensar la cultura como el espacio en que los grupos con identidades previamente formadas y reconocibles refuerzan o refutan lo que se considera sentido común, es a través del acceso a modos de representar y representarse que las identidades de todos se transforman. En el espíritu de la propuesta política de Laclau, son los que intervienen en estos ejercicios de representación pública los que tienen oportunidad de devenir en sujetos políticos tanto a través de las demandas que expresan como de las formas en las que lo hacen. En las palabras de Wacquant: “Sólo un inmenso trabajo [...] de agregación y de representación (en el triple sentido cognitivo, iconográfico y dramático) puede esperar hacer acceder a ese conglomerado [el precariado] a la existencia y por lo tanto a la acción colectiva.” Y añade,

Repensando el lumpen

Pero este trabajo está afectado por una contradicción insoslayable e insoluble, pues se genera en las tendencias fisíparas que le son constitutivas: el precariado es una especie de grupo nacido muerto, cuya gestación es necesariamente inacabada pues no se puede cobrar para consolidarlo salvo ayudando a sus miembros a huir, sea recuperando un anclaje en el salario estable, sea fugándose fuera del mundo del trabajo (por medio de la redistribución y la protección social). A la inversa del proletariado en la versión marxista de la historia, que está llamado a abolirse en el largo plazo por medio de su unificación y universalización, el precariado no puede constituirse más que para deshacerse de inmediato (285).

Ante esto no hay más que advertir que la filosofía política contemporánea dejó de tenerle miedo a la fugacidad desde que abrazó el evento como su catalítico. No hay otra lógica de lo político que la de irrumpir en los espacios de representación para proponer desde ellos un nuevo “de ahora en adelante.” De lo que se trata es de propiciar estas irrupciones, de acogerlas para que se vuelvan fecundas y nos conduzcan a nuevas maneras de reconocernos, producir (y producirnos) y distribuir muchas de las cosas que nos hacen falta para la vida, incluyendo, el respeto.

Bibliografía

- BOURGOIS, Phillipe. *En busca de respeto: la venta de crack en Harlem.*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 2010.
- DAVIS, Mike. *Urbanismo mágico: los latinos reinventan la ciudad norteamericana.*, Lengua de Trapo, Buenos Aires, 2012.
- HARVEY, David. *El nuevo imperialismo.*, AKAL, Madrid, 2004.
- LACLAU, Ernesto. *La razón populista.*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.
- SASSEN, Saskia. “A Savage Sorting of Winner and Losers: Contemporary Versions of Primitive Accumulation”. Tania García Ramos et al. *La crisis del trabajo en el siglo XXI: perspectivas desde las ciencias sociales*, Centro de Investigaciones Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 2012.
- VILCH, Víctor. “Desculturizar la cultura: retos actuales de las políticas culturales”. *Latin American Research Review*. Vol. 48, Special Issue. 2013. Latin American Studies Association, 129-139.
- WACQUANT, Löic. *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y estado*, Siglo XXI Buenos Aires, 2013.